



**DEL 10 DE ENERO  
AL 12 DE ABRIL  
DE 2025**

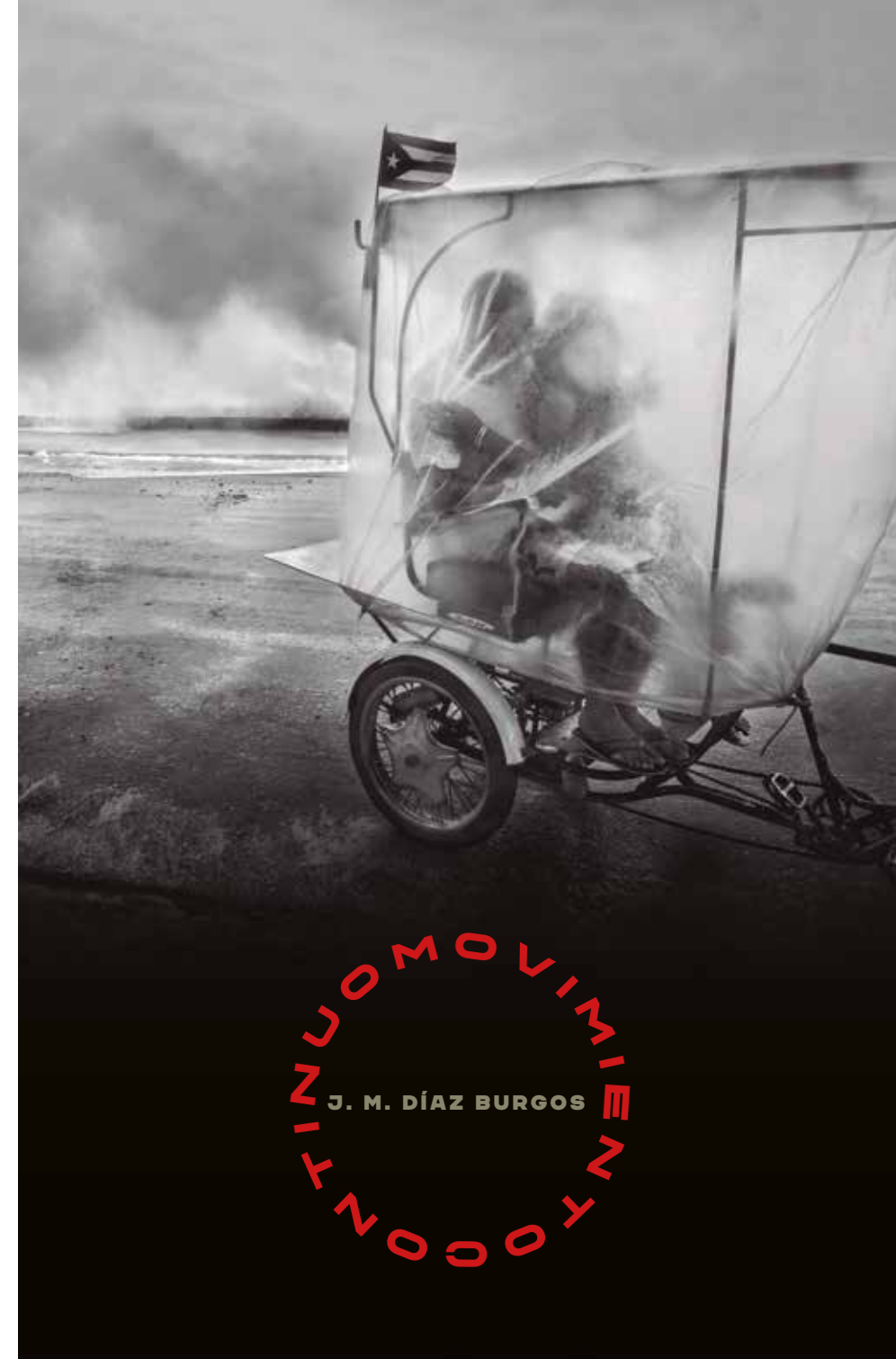
Fundación Mediterráneo  
Centre Fotogràfic «La Llotgeta»  
Plaza del Mercado, 4  
46001- Valencia

De martes a viernes de 10.30 a 14 h  
y de 15.30 a 18.30 h  
Sábados de 11 a 14 h y de 16 a 19 h  
Domingos, lunes y festivos: cerrado

[www.fundacionmediterraneo.es](http://www.fundacionmediterraneo.es)

[facebook.com/@FundacionMediterraneo](https://facebook.com/@FundacionMediterraneo)

**MEDI  
TERRA  
NEO** FUNDACIÓN



**CONTINUO MOVIMIENTO**  
J. M. DÍAZ BURGOS







## INVENTANDO Y RESOLVIENDO

El primer viaje a Cuba lo realicé en el año 1991. Justo en el momento en el que la situación es ya extremadamente delicada en este país, dando lugar a un periodo al que los cubanos conocen como «Periodo especial». Los barcos con bandera soviética dejan de entrar por esa maravillosa bahía, y de un día para otro, Cuba se queda huérfana de su mayor protector y empieza una nueva etapa. Se inicia el camino por un callejón oscuro. Nada será igual que antes.

Mi relación con Cuba se inicia de una manera casual. Justo cuando España preparaba la celebración de los 500 años del encuentro con el «Nuevo Mundo»: América. Me aprueban un proyecto en torno a los mayas y zapotecas en Chiapas. A la hora de preparar este viaje, se me ofrece la oportunidad de realizarlo con la aerolínea Cubana de aviación. Esto me permitía hacer una escala técnica de cinco días en La Habana. Así es como llego una noche del mes de Julio al Hotel *Dauville*, situado en el co-

razón del Malecón, con miles de almas refugiadas en su muro, pues probablemente era el único sitio de esta ciudad donde se podía medio respirar en una noche de calor sofocante. A pesar de la poca iluminación, me sorprende el tremendo ambiente a lo largo de aquel largo sofá de piedra, y tardé en situarme en él lo que tardaron en darme la habitación y dejar la maleta. En ese momento comenzó mi idilio con aquella ciudad. Esos cinco días a la espera del vuelo que me llevaría a Oaxaca sirvieron para prometerme una vuelta, pero ya con el propósito de descubrir lo mucho que me dejé por ver.

Y en 1995, cuatro años después, volví a La Habana, pero en esta ocasión para no moverme de ella. Mi objetivo era el de cumplir la promesa de fotografiar la vida de aquel Malecón. A este viaje le siguió otro más en el verano de 1996. Estos encuentros dieron lugar a mi opera prima cubana: *Malecón de La Habana. El gran sofá*. No había terminado este proyecto cuando ya me esperaba otro, surgido de mi deseo por mostrar una Habana inédita, la

del interior, ajena al turismo: esas paredes que esconden la realidad descarnada de las gentes que habitan en ellas, una Habana que anteriormente nadie había abordado de una manera singular y genérica. Y nació *La Habana. Visión interior*, sin duda alguna el proyecto más duro de todos cuantos haya realizado. A este le siguieron *Deseo*, *Bienvenidos a La Boca* o *Diario de seis días*.

«Invental» y «resolver», dos cubanísimas palabras que difícilmente podrían tener traducción fuera de un contexto meramente cubano. A cualquier problema se le busca solución y, de no haberla, se inventa y se resuelve. Qué fácil parece, y qué ingenio hay que poseer para llevarlo a efecto. La observación de los comportamientos a cada impedimento es lo que me fascina de este gran pueblo. Un cubano no saldrá nunca de casa sin una «jabita» [pequeña bolsa de plástico], no fuera a ser que de repente «aparecieran» huevos, jabón o, quién sabe qué. ¿Cómo si no lo iba a resolver? El cubano se las ingenia para poder transportar o transportarse. Da igual que sea la guagua, el antiguo

«camello» o el novedoso invento que el vecino ha realizado soldando cuatro trozos de cabilla abandonada, harta de trabajar y doblegarse. No importa, mientras exista la rueda y algo que desarrollar para moverla. Si no existe, el cubano lo inventará y resolverá.

Personas que deambulan por las calles en busca de algo, coreografías imposibles llenas de bolsas, utensilios u objetos varios. Carritos que se adaptan para un determinado fin, bicicletas hechas taxis, cansados cojinetes que formarán parte de un nuevo «carro», esta vez de madera, con el que los chavales puedan jugar a deslizarse, reinventar viejos coches americanos que ellos llaman «almendrones»... Diseños imposibles adaptados con el fin de poder transportar comida, enseres o cualquier otro objeto; todo se mueve, todo se reinventa. Yo sólo intento traducir con estas imágenes recogidas en 32 años un detalle de la vida y la lucha del ser humano ante la adversidad.